

Fernández, Víctor Manuel

*El mensaje de Dios para los argentinos en la
beatificación de Ceferino Namuncurá*

Universitas N° 5, 2008

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *El mensaje de Dios para los argentinos en la beatificación de Ceferino Namuncurá* [en línea]. *Universitas*, 5 (2008) Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/mensaje-dios-para-argentinos-beatificacion.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

VÍCTOR MANUEL FERNÁNDEZ

EL MENSAJE DE DIOS PARA LOS ARGENTINOS EN LA BEATIFICACIÓN DE CEFERINO NAMUNCURÁ¹

Una recorrida por la vida y testimonio del beato Ceferino Namuncurá nos muestra un perfil de entrega por amor a Dios y al prójimo, con enorme humildad y sentido de servicio. Este pobre "moreno de nuestra tierra" nos trae hoy enseñanzas insospechadas a todos los argentinos.

La vida de Ceferino Namuncurá está inserta en un momento trágico de la historia nacional, que afectó particularmente a su familia mapuche. Ceferino es "bien argentino", un hijo precioso de nuestras pampas, que vivió sólo dieciocho años, pero que nos ha dejado un ejemplo precioso de fortaleza

en la adversidad, de alegría, de amor a Jesucristo, de generosidad fraterna y de sueños misioneros.

Su vida es una invitación a reflexionar no sólo como individuos creyentes, sino también como ciudadanos.

Ahora que nos acercamos a la celebración del Bicentenario de la Revolución de Mayo, este mapu-

**Ceferino es "bien argentino",
un hijo precioso de nuestras
pampas.**

¹ Una narración más detallada y fundamentada puede leerse en mi breve obra: *Ceferino Namuncurá. El canto de nuestras heridas*, Buenos Aires, edit. San Pablo, 2007.

che santo, bien nuestro, nos propone un camino de memoria, identidad y reconciliación nacional.

Ceferino nació en Chimpay (provincia de Río Negro), en la margen derecha del río Negro (Currú Leufú), cerca de

Choele Choele. Era el 26 de agosto de 1886. Su padre era el famoso cacique araucano Manuel Namuncurá (Talón de Piedra), que gobernaba uno de los grandes reinos indígenas de la región pampeana, llamado Salinas Grandes. Abarcaba unas 40 mil hectáreas en el centro y el este de la provincia de La Pampa y en parte del oeste de la provincia de Buenos Aires.

Manuel Namuncurá había nacido en 1811 y vivió varias décadas como nómada, participando de numerosos malones. En 1854 juró la Constitución Nacional y fue bautizado en Paraná. Su padrino era Justo José de Urquiza. Manuel resistió el avance del ejército argentino, aunque por sus cartas se advierte que fomentaba la paz con el gobierno nacional. Pero a través de algunos malones trató de presionar al gobierno para que cumpliera lo prometido en los tratados de paz, y en 1875 organizó un malón de miles de indígenas que avanzó demasiado en la provincia de Buenos Aires. El incumplimiento de los tratados por parte del gobierno era frecuente, con lo cual los caciques quedaban obligados a robar, porque la caza ya no alcanzaba para alimentar a todos y

El incumplimiento de los tratados por parte del gobierno era frecuente, con lo cual los caciques quedaban obligados a robar, porque la caza ya no alcanzaba para alimentar a todos y nunca les habían enseñado a trabajar la tierra.

nunca les habían enseñado a trabajar la tierra. De hecho, el obispo Aneiros le contesta a Namuncurá en 1876, reconociendo: "Yo sé que hay muchos malos cristianos, y creo que les han hecho a ustedes muchas injusticias y mal-

dades". Durante la conquista y después, los pobladores originarios de la Patagonia "fueron perseguidos, desplazados, muertos, apresados, privados de sus tierras y medios de vida, y a menudo repartidas sus familias, reducidos a la servidumbre o destinados arbitrariamente a las fuerzas armadas".² Lo peor es que, para poder comerciar con ellos, los "civilizados" habían acostumbrado a los indígenas a muchos productos que antes no necesitaban, y que ellos no podían producir. De este modo se había creado una dependencia dañina que finalmente alentaba la formación de malones.

El 23 de abril de 1876 Adolfo Alsina ocupó Carhué, lugar muy importante donde los indígenas tenían sus caballos, se reunían y se organizaban. Él estaba dispuesto a devolver a los indígenas parte de sus tierras, sellando una paz estable, pero se topó con la oposición de Levalle, que prefería atacar. La situación se agravó para los indígenas cuando murió Alsina en 1877 y lo reemplazó Julio A. Roca, decidido a una guerra ofensiva y muy agresiva para apoderarse de todo el territorio.

² Navarro Floria, P.: "La Patagonia como frontera", en *Ecos históricos de la Patagonia*, Facultad de Teología UCA, Buenos Aires, 2004, pág. 21.

En 1878 los militares ya habían matado varios miles de indígenas y se habían apoderado de sus tierras. Los indí-

genas abandonaron las llanuras y se fueron retirando hacia la cordillera. El cacique Namuncurá anduvo errante, escondiéndose en la cordillera durante más de cinco años, hasta que en 1884, con poco más de 200 hombres agotados, siguió el consejo del padre Domingo Milanés y se rindió para evitar el exterminio. Luego viajó a Buenos Aires para pedir una parte de las tierras que él había dominado. Pero aunque había sido dueño de una región inmensa, sólo se le permitía a su gente habitar un pequeño territorio junto al río Negro, llamado Chimpay. Nunca consiguió

los títulos de esos terrenos. Allí se instalaron, y en uno de los toldos comunitarios nació Ceferino en 1886. Era el sexto de los doce hijos del cacique. Dos años después el padre Milanés lo visitó y bautizó a Ceferino.

Como Namuncurá no conseguía las escrituras de los terrenos de Chimpay, después de insistentes ruegos logró que le dieran la seguridad de escriturar ocho leguas cuadradas en San Ignacio, entre las montañas, junto al río Aluminé (provincia de Neuquén). Una vez obtenidas las escrituras los mapuches de Namuncurá logran trasladarse, pero eso no sucedió inmediatamente. Hasta 1897 toda-

Ceferino vivió estas angustias en carne propia, al lado de su padre viejo y humillado.

lado de su padre viejo y humillado. Por eso en 1897, cuando todavía estaban en Chimpay, Ceferino “lagrimeaba al ver la miserable condición de los indios [...] ante el apremio del padre imposibilitado de aliviar las necesidades de su gente hambrienta”, y entonces dijo a su padre: “Papá, ¿cómo nos encontramos después de haber sido dueños de esta tierra! Ahora nos encontramos sin amparo. ¿Por qué no me llevas a Buenos Aires a estudiar? [...] Y yo podré estudiar y ser un día útil a mi raza.”

Ceferino no sabía bien cuál era su nombre, ni su edad, ni la fecha de su cumpleaños. Los indígenas tenían una identidad clara en la vida comunitaria mapuche y no necesitaban esos datos para saber quiénes eran.

A Ceferino sus parientes le decían “Morales”, porque lo encontraban parecido a un pariente que tenía ese nombre. Ceferino no sabía bien cuál era su nombre, ni su edad, ni la fecha de su cumpleaños. Los indígenas tenían una identidad clara en la vida comunitaria mapuche y no necesitaban esos datos para saber quiénes eran. Pero al trasladarse a la ciudad, la vida se complicaba. A nosotros puede llamarnos la atención, pero cuando Ceferino tenía 17 años, un año antes de morir, todavía no sabía su edad, ni el día de su cumpleaños, y tenía dudas sobre su verdadero nombre. Así lo expresa en una carta al padre Crestanello: “Yo antes no me llamaba con el nombre de Ceferino

vía estaban en Chimpay reclamando sus derechos.

Ceferino vivió estas angustias en carne propia, al

lado de su padre viejo y humillado.

sino con el de Morales. Y tengo miedo que antes que mis padres me llamaran Morales haya tenido otro nombre, y después me lo hayan cambia-

do con el de Morales; como hizo mi papá cuando íbamos a Buenos Aires, que en el viaje me lo cambió y me llamó Ceferino, y desde esa vez tuve ese nombre [...] Muchas veces me preguntan el día de mi nacimiento, los años que tengo, etc., y no sé qué contestar". (carta del 14/06/1904)

¿Quién era la madre de Ceferino? Esta es otra herida en su corazón. Se llamaba Rosario Burgos. Los testimonios indican que era una indígena o mestiza chilena y que Manuel Namuncurá la había raptado en un malón en 1879, cuando ella tenía unos 18 años. Pero luego Manuel tomó otra esposa más joven con la cual se casó en 1900. Su hijo Aníbal cuenta que "una vez que el cacique Manuel se casó ante el civil y ante la Iglesia con doña Ignacia, entonces doña Rosario pasó a la tribu de Yanquetruz [...] Allí se casó con un tal Francisco Coliqueo y con él se fue a Comallo". En el

corazón de Ceferino se mezclaban el cariño y la admiración que sentía por su padre y el dolor que le habrá provocado pensar en su madre abandonada por otra mujer y errante con otro hombre.

En 1897, cuando Ceferino tenía once años, Manuel aceptó la propues-

En 1897, cuando Ceferino tenía once años, Manuel aceptó la propuesta del niño y lo llevó a Buenos Aires para que estudiara.

ta del niño y lo llevó a Buenos Aires para que estudiara. Lo colocó en una escuela estatal del Tigre, pero Ceferino no se encontraba a gusto. Poco después, con la ayuda de Luis Sáenz Peña, su padre decidió trasladar a Ceferino al colegio Pío IX de los salesianos. El día que lo llevó al colegio salesiano estaba allí el mismo Mons. Cagliero, que los recibió y los invitó a comer. Desde ese día Cagliero fue el protector de Ceferino.

Aunque muchos alumnos se burlaban de Ceferino y de su padre, y se reían por su castellano mal hablado, él cautivó rápidamente a todos con su bondad, su simpatía y algunas habilidades indígenas. Era feliz en ese ambiente salesiano, porque estaba cautivado por la fe cristiana. Muchos testimonios hablan de su permanente alegría y de su risa espontánea. Entre los alumnos famosos, que Ceferino

conoció en ese colegio, estaba Carlos Gardel.

Los salesianos cuentan que Ceferino era transparente, siempre sincero, incapaz de mentir o de engañar. Por eso se fastidiaba un

Los salesianos cuentan que Ceferino era transparente, siempre sincero, incapaz de mentir o de engañar. Por eso se fastidiaba un poco cuando no le creían algo que él decía.

poco cuando no le creían algo que él decía. Durante un tiempo le costó habituarse al orden y a la disciplina del colegio, como formar fila y otras normas, ya que todo eso contrastaba con la libertad que había vivido cabalgando y corriendo por las pampas cuando estaba con su gente mapuche.

Sin embargo, con el paso del tiempo se fue adaptando. Se entregó al estudio con toda el alma para poder ayudar a su gente y se aplicó a vivir cuidadosamente el reglamento del colegio. Soportaba con paciencia que los compañeros se burlaran de él y de su padre fracasado.

De todos modos, esta aplicación no hacía desaparecer las costumbres indígenas de su niñez. Hay narraciones de algunos episodios, sucedidos en los distintos colegios y casas de vacaciones de la Argentina donde él estuvo. Hablan de su habilidad para hacer flechas, tirar al blanco, bailar canciones mapuches, espantar animales, etc. Un día que el lechero dejó su caballo en el patio del colegio, Ceferino, apenas lo vio montó sobre él de un salto y salió campo afuera a toda velocidad.

Cuando volvió entró a todo lo que daba en el patio, se bajó de un salto, y entregándole las riendas a su dueño le dijo que disculpara, pero que hacía mucho que no montaba. En las cartas a sus superiores solía despedirse saludando: "Vuestro indiecito".

Ceferino veía detrás de todo la hermosura de la fe cristiana. De hecho, en la primera carta que le escribe a su padre se descubre que lo que más le atraía era el templo y las celebraciones sagradas. Los testimonios cuentan que frecuentemente hablaba de sus deseos de recibir la Eucaristía. El padre Vespignani narra que se había preparado para su primera comunión con una piedad llena de ternura y deseos. Frecuentemente hacía visitas al

Santísimo en los recreos e invitaba a sus compañeros a que lo acompañaran.

Siempre procuraba comprender y disculpar las malas acciones de los demás, porque le parecía imposible que uno pudiera cometer una falta deliberadamente.

Mientras Ceferino estaba en el colegio, Mons. Cagliari decide hacer una visita a la agrupación de su padre, junto con otros sacerdotes. Relegados contra la cordillera como perros, la visita de estos apasionados apóstoles era vivida por los indígenas con tierna gratitud. Los testimonios nos mencionan las largas horas que el viejo Namuncurá y el obispo Cagliari pasaron juntos en esos días, y no dejan de transmitirnos una escena donde el cacique Namuncurá, sentado,

tenía el mate en una mano y con la otra aferraba los dedos del querido obispo. Humillados y fracasados, los sobrevivientes del reino indígena encontraban en la fe cristiana la seguridad de una dignidad que

Ceferino veía detrás de todo la hermosura de la fe cristiana. De hecho, en la primera carta que le escribe a su padre se descubre que lo que más le atraía era el templo y las celebraciones sagradas.

nadie les podía quitar. Seguramente era eso lo que percibía Ceferino en su propia vida, y por eso no podía apagar el deseo de prepararse para volver un día y ayudar a los mapuches. A medida que pasaban los años fue descubriendo que los que más cerca habían estado de los indígenas, promoviéndolos en todo sentido, eran los sacerdotes. No es extraño entonces que pronto brotara en él el deseo de ser sacerdote para ayudar a su gente. Está claro que su modelo eran los misioneros que se habían acercado a

los indígenas conviviendo entre ellos. Ceferino los había escuchado predicarle en su lengua materna, y había valorado profundamente esa especial cercanía.

En febrero de 1903, sabiendo que Ceferino tenía un problema de salud en los pulmones (tuberculosis), deciden trasladarlo a un colegio de Viedma. Tenía dieciséis años. Entre los enfermeros que lo atendieron había uno con fama de santo (ahora es beato), el hermano Artémides Zatti. Sabemos que Ceferino lo recordaba con gratitud porque le envió una postal desde Turfín, poco después de llegar (el 16/08/1904). Zatti dio un testimonio sobre las virtudes de Ceferino destacando sobre todo su humildad y su paciencia con los

compañeros molestos. También cuentan que, a pesar de su mala salud, Ceferino se empeñaba en prestar servicios y en hacer tareas manuales que lo dejaban agotado, como subir una loma llevando cajones con frutas.

De la estadía de Ceferino en Viedma se conservan algunas hojas donde hacía sus deberes, y en los márgenes hay pequeñas oraciones que él escribía. Por ejemplo: "¡Viva Jesús!", o "Señor, todo esto por tu amor". Sus

En febrero de 1903, sabiendo que Ceferino tenía un problema de salud en los pulmones (tuberculosis), deciden trasladarlo a un colegio de Viedma. Tenía dieciséis años.

Aunque era feliz en el ambiente de los colegios, nunca dejó de manifestar su deseo de regresar a servir a los suyos. Este sueño fue tomando cada vez más un carácter espiritual y misionero. No era para menos si uno advierte la fascinación que Ceferino sentía por Jesucristo.

compañeros dieron testimonio de su permanente amabilidad, de su alegría y de su preocupación por consolar y acompañar a los que estaban tristes.

Aunque era feliz en el ambiente de los colegios, nunca dejó de manifestar su deseo de regresar a servir a los suyos. Este sueño fue tomando cada vez más un carácter espiritual y misionero. No era para menos si uno advierte la fascinación que Ceferino sentía por Jesucristo. Por eso, era inevitable que tuviera un fervoroso propósito de llevar a los indígenas a un conocimiento cada vez más profundo del Señor. Cuando lamentaba que muchos de ellos no fueran creyentes, destacaba que "no saben que Jesucristo *derramó su sangre para salvarnos*".

En una carta que Ceferino escribe el 18 de julio de 1903, le cuenta al padre Beraldi que está triste porque sus compañeros habían sido trasladados a Patagones, pero a él, por su poca salud, lo dejaron en Viedma. "¡Cuánto he sufrido!" dice Ceferino en su carta, con la sinceridad que lo caracterizaba. Sin embargo, expresa también dónde encontraba su consuelo: "En Viedma me han confiado el dulce cargo de sacristán del colegio, oficio verdaderamente envidiable,

porque es tan hermoso estar cerca de Jesús, prisionero de amor en el santo tabernáculo."

En otra carta, el 26 de agosto, vuelve a mencionar su dolorosa tristeza, pero una vez más habla del dulce alivio que encuentra en la Eucaristía: "Mi óptimo confesor me ha permitido la comunión cotidiana y yo trato de hacerla fervorosamente. Si ahora gusto la dulzura del amor de Jesús, lo debo a usted, amadísimo don Juan, que inspirando en mi pobre corazón el amor a la Virgen, me condujo, sin que yo me diese cuenta, a conocer y amar a Jesús."

¡Qué preciosa conciencia de ese amor de Dios completamente gratuito! Ceferino se sintió conducido amorosamente al encuentro místico con Jesús, sin atribuirlo a sus capacidades, a sus prácticas o a sus pensamientos. Dice que fue conducido "sin que él se diera cuenta".

La salud de Ceferino empeoraba, frecuentemente tenía vómitos de sangre y fuertes ataques de tos. La noche del Jueves santo de 1904, soñó que Jesús en la Eucaristía le decía suave y repetidamente: "¡Ven conmigo, ven!".

El 6 de julio de 1904 Mons. Cagliero se despide de Viedma para ir a Roma y se lleva con él a Ceferino, pensando que el clima de Italia podría sentarle bien. Se llevaba con él el fruto más precioso de las pampas. Ceferino cuenta con pudoroso orgullo que cuando llegó a Turín le llamaban príncipe, en referencia a su padre, el rey de las pampas.

Una cautivación especial le provo-

có el santuario de María Auxiliadora, cuya devoción le habían sabido inspirar los salesianos. Hacía largas oraciones extasiado a los pies de María. Veamos cómo lo cuenta él mismo: "Fui al santuario de María Auxiliadora y recé a la santísima Virgen por todos; y en ese lugar también me saltaron las lágrimas y casi todas las veces que voy me sucede lo mismo. ¡Ah, mi amado padre, durante las funciones sagradas, qué paraíso es este santuario de la Virgen!" (carta a Pagliere, del 16/08/1904)

Mientras la enfermedad le iba carcomiendo los pulmones, Ceferino experimentaba frecuentes anticipos de la gloria celestial. Pero entre estas experiencias gloriosas se destaca su encuentro con el Papa. Después de ese encuentro muy emotivo, regresa a Turín para reanudar los estudios. El clima de Turín le sienta

muy mal y agrava todavía más su delicado estado de salud. Lo trasladan a Frascati, pero empeora. En medio de lo terrible de su enfermedad, que le carcomía y le causaba fuertes molestias, Ceferino expresaba admirablemente su fervorosa espiritualidad: "En las largas noches de insomnio, agitado y sacudido por la tos implacable, se sentaba en la cama y besaba y volvía a besar la medalla de María Auxiliadora, y musitaba las más ardientes jaculatorias." En esos últimos meses de su vida, los que lo veían cuentan que "sonreía con los ojos" o que "la sonrisa le brillaba en los ojos".

En marzo de 1905 Ceferino ya acepta que debe abandonar los estu-

Ceferino se sintió conducido amorosamente al encuentro místico con Jesús, sin atribuirlo a sus capacidades, a sus prácticas o a sus pensamientos.

dios. Ciertamente, eso le habrá producido un gran dolor, porque él seguía soñando con ser sacerdote para volver a la Patagonia y servir a los de su raza.

Aquel muchacho con grandes deseos, termina aceptando los límites duros de la realidad. Ese mismo día le cuenta al padre Beraldi que los padres superiores le decían que quemara los libros, de manera que renunciara definitivamente a estudiar, y que se volviera a América. Por otra parte, él mismo reconoce que lo mejor sería regresar, porque ya no disfruta ni siquiera de sus salidas al patio en los recreos de sus compañeros: "Porque los recreos que hago ya no son recreos. Solamente voy al patio a tomar aire. Después siempre solo, sin hablar con ninguno." Sus compañeros no se acercaban a él por temor al contagio.

Una semana después lo trasladan al hospital de la isla tiberina, en Roma. A pesar de su estado terminal, se ocupaba de un muchacho que estaba internado a su lado, "le infundía palabras llenas de amor", y le pedía a un sacerdote que cuando él ya no estuviera se acercara a visitar a ese muchacho: "¡Si usted viera cuánto sufre! De noche no duermo casi nada, tose y tose." En realidad él estaba peor, pero igualmente era capaz de preocuparse por el sufrimiento ajeno.

En la cama del hospital, Ceferino

En esos últimos meses de su vida los que lo veían cuentan que "sonreía con los ojos" o que "la sonrisa le brillaba en los ojos".

ya es consciente de que, si no muere pronto, deberá volver a la Argentina para morir entre los suyos. Entonces comienza a pensar mucho en su

padre y decide prepararlo poco a poco para lo que pueda pasar. El 21 de abril le escribe: "Le agradezco su gran resignación de sacrificar años sin veros. En cuanto a mis estudios, resultan bien, pero la salud me impidió continuar [...] Cuando esté mejor me prepararé para volver a Buenos Aires y de allí a Viedma. En otras cartas le daré noticias más claras [...] Mil besos y abrazos. Querido papá, le pido su paternal bendición y créame su afectísimo hijo que desea abrazarlo."

El 11 de mayo de 1905, murió de tuberculosis en el hospital, con dieciocho años. A su lado estaba sólo su querido amigo y padre espiritual, Juan Cagliero, a quien brindó su sonrisa hasta el último instante.

Unos días después, el 11 de mayo de 1905, murió de tuberculosis en el hospital, con dieciocho años. A su lado estaba sólo su querido amigo y padre espiritual, Juan Cagliero, a quien brindó su

sonrisa hasta el último instante, aun en medio de la tortura de su enfermedad.

Cuando Ceferino murió, llegó a Roma una carta de su padre Manuel, que le pedía que se mantuviera fuerte y no se olvidara que era "hijo del que había sido señor de las Pampas y príncipe de los guerreros". Manuel esperaba la respuesta de su mimado Ceferino, pero le anunciaron que había muerto. El cacique murió en medio de su gente tres años después, a los 97 años.

La vida de Ceferino, que hemos recorrido, ofrece a cada uno de nosotros un testimonio rico y variado de muchas virtudes. Pero ahora quiero

detenerme en el mensaje de esa vida para los cristianos de la Argentina. En nuestra Patria, los pobres han sido frecuentemente objeto de desprecios y de injusticias. Basta pensar que durante mucho tiempo las empleadas domésticas y los peones rurales, para poner sólo dos ejemplos, han trabajado por una paga miserable, debiendo soportar burlas, abusos de todo tipo y malos tratos. Además, todavía hoy se les suele echar la culpa de sus propios males en una generalización absurda. Esta división entre las dos argentinas se remonta a la época de Ceferino. El padre Zanettin cuenta que frecuentemente algunos compañeros le hacían burlas o lo maltrataban por sus orígenes indígenas, y agrega: "Es de notar cómo entonces, debido al antagonismo secular entre el indio y el blanco, mantenido fresco por la reciente campaña de Roca, un aborigen era mirado sin ninguna consideración, aunque fuera el hijo del cacique y coronel Namuncurá."

Pero Ceferino era un amante de la reconciliación y de la paz, y en el blanco que lo humillaba reconocía a un hermano. Sin embargo, su humildad conciliadora no significa que Ceferino anulara sus

La vida de Ceferino, que hemos recorrido, ofrece a cada uno de nosotros un testimonio rico y variado de muchas virtudes.

identidad indígena. Cuando Ceferino tenía dieciséis años, y ya hacía cinco años que había dejado su hogar, se le pidió que estudiara una poesía que hablaba de una raza "que nadie pudo domar". Cuentan que cuando la proclamó en público puso "toda el alma" y que dijo esa parte de la poesía con tal acento de convicción, con tal entusiasmo, con rubor en las mejillas y con tan vibrante voz, que llamó la atención de todos. Imaginemos entonces el corazón de Ceferino, heredero de un reino destrozado e hijo de mapuches desplazados, y tratemos de descubrir qué nos diría, más allá de su silencio humilde y conciliador, ante las injusticias y desprecios que todavía existen entre nosotros.

En ese corazón mapuche podemos reconocer la Patria herida y la dignidad de los pobres que reclama reconocimiento y justicia. Pero al mismo tiempo encontramos en su vida un llamado a la reconciliación.

reconocer la Patria herida y la dignidad de los pobres que reclama reconocimiento y justicia. Pero al mismo tiempo encontramos en su vida un llamado a la reconciliación y un testimonio de quien, siendo hijo de un imperio humillado, no se queda con los brazos cruzados, es capaz de mirar para adelante y de aportar su empeño tratando de construir un futuro mejor para los suyos. Por eso le propuso a su padre,

cuando lloraban su miseria, que lo llevara a estudiar para bien de su raza. De este modo Ceferino nos invita a una profunda fe que nos dignifique como personas y como ciudadanos.

Pero sobre todo quiero destacar que, contemplando la historia de Ceferino, podemos reconocer el amor de Dios hacia sus pobres. En una carta al padre Vacchina, donde le agradece todo lo que hizo por él, Ceferino le dice: "Ya sabe, padre, que con dinero no se lo puedo pagar, *porque soy pobre.*" (agosto de 1903) Por otra parte, al padre Beraldi le agradecía que había sido enviado por Dios "para convertirnos a nosotros, *pobres indios de la Patagonia.*" (18/07/1903)

Hijo de una familia acorralada, despojada y empobrecida, y además enfermo, debilitado y abandonado, Ceferino se reconocía profundamente

Ahora Ceferino es pura alegría en el cielo. De él ya no quedan las angustias que pasó, sino la liberación, la fiesta celestial, la paz, el gozo infinito.

pobre y necesitado. Pero sabía que Jesús había derramado su sangre por él, y en esa certeza encontraba su mayor dignidad y toda la fuerza. Hoy podemos

aplicarle a Ceferino las preciosas y consoladoras palabras que Dios dirige a sus pequeños: "Tienes poco poder... pero yo haré que vayan a postrarse delante de tus pies, *y sabrán que yo te he amado.*" (Ap 3, 8.9)

Ahora Ceferino es pura alegría en el cielo. De él ya no quedan las angustias que pasó, sino la liberación, la fiesta celestial, la paz, el gozo infinito. Todos los sufrimientos de su historia han sido transfigurados en la gloria de Dios, y ahora Ceferino entiende feliz para qué han servido sus dolores. Hoy nosotros nos inclinamos ante este pobre moreno de nuestra tierra para rogar su intercesión.